

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Volumen 19, Nº 1, 2015: 9-39
Issn: 0717-5248

**ORÍGENES DE UN DESENCUENTRO:
EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE ANTE EL MOVIMIENTO
NACIONALISTA REVOLUCIONARIO Y LA DICTADURA
DE VILLARROEL EN BOLIVIA (1943-1946)***

**ORIGINS OF A MISTRUST:
THE CHILEAN COMMUNIST PARTY FACES THE NATIONALIST REVOLUTIONARY
MOVEMENT AND THE DICTATORSHIP OF VILLARROEL IN BOLIVIA (1943-1946)**

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA
Universidad Finis Terrae
Santiago de Chile
jfernandez@uft.cl

RESUMEN

El artículo aborda la interpretación del Partido Comunista de Chile sobre la Dictadura de Gualberto Villarroel en Bolivia y la actuación que tuvo en ella el Movimiento Nacionalista Revolucionario, entre los años 1943 y 1946. El autor sostiene que dicha interpretación estuvo marcada por el anti-fascismo y por una lectura de la historia boliviana teñida de tópicos liberales. Así, el nacionalismo del MNR y los militares bolivianos fue representado como una forma de fascismo y su actuación

ABSTRACT

The article discusses the interpretation of the Chilean Communist Party on the Dictatorship of Gualberto Villarroel in Bolivia and performance that had in it the Revolutionary Nationalist Movement, between 1943 and 1946. The author argues that this interpretation was marked by anti-fascism and an interpretation of Bolivian history influenced by liberal platitudes. Thus, nationalism MNR and the Bolivian military was depicted as a form of fascism and his role in the

* Recibido: 21 de enero de 2015; Aceptado: 11 de mayo de 2015.

“Los movimientos nacional-populares latinoamericanos en el debate de la izquierda chilena (1943-1961)” del Concurso de Investigación 2014 de la Dirección de Investigación y Publicaciones de la Universidad Finis Terrae.

en el concierto latinoamericano fue interpretada bajo una óptica panamericanista, considerándola como parte de un plan del Eje para dificultar la labor de los aliados en América. En esta línea, los comunistas chilenos pugnaron por que la Cancillería chilena negara el reconocimiento al gobierno boliviano y entraron en pugna con actores políticos y sindicales chilenos proclives a conceder el reconocimiento a dicho régimen.

Palabras Clave: Partido Comunista de Chile, Bolivia, Antifascismo, Movimiento Nacionalista Revolucionario, Gualberto Villarroel.

Latin American context was analyzed under a panamerican perspective, considering it as part of a plan of the Axis to hinder the work of the Allies in America. In this line, the Chilean Communists fought for the Chilean Foreign Ministry denied recognition to the Bolivian government and entered into conflict with political and union actors prone to recognition of the Bolivian Dictatorship.

Key Words: Chilean Communist Party, Bolivia, Antifascism, Nationalist Revolutionary Movement, Gualberto Villarroel.

I. INTRODUCCIÓN.

Historiadores y memorialistas han señalado que el Partido Socialista habría tenido un rol fundamental en la historia de los vínculos entre la izquierda chilena y la Revolución Boliviana de 1952. En efecto, los socialistas, herederos de una tradición fundacional indoamericanista y que en sus orígenes habrían evidenciado rasgos y simpatías nacional-populares (Drake, 1992), vieron en dicha revolución y en el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), un ejemplo de revolución latinoamericanista, asimilable a sus ideales, e independiente de la tutela soviética (Salazar, 2011; Almeyda, 1987; Arrate y Rojas, 2003). Sin embargo, diversas voces en la década de los 50 llamaban la atención sobre las prevenciones que el MNR generaba en importantes sectores de la izquierda chilena, especialmente en los comunistas. Dichos resquemores se relacionaban, principalmente, con el carácter “fascista” que imputaban a dicho movimiento¹.

En este artículo, nos hemos puesto como objetivo realizar la historia de dicho desencuentro, describiendo y analizando la interpretación y posición del Partido Comunista de Chile ante la dictadura de Gualberto Villarroel en Bolivia, entre diciembre de 1943 y julio de 1946. Se trata del primer gobierno en que el Movimiento Nacionalista Revolucionario tuvo una participación activa (Dunkerley, 1984: 31-34), por lo que la actitud comunista ante dicho gobierno marcaría, hacia adelante, las relaciones con el Movimiento Nacionalista Revolucionario².

1 Estas prevenciones fueron tematizadas por Waiss, (1954), con el fin de rebatirlas.

2 La dictadura de Villarroel fue el régimen instaurado en Bolivia tras el golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943. Dicho golpe fue liderado por un grupo de jóvenes oficiales coordinados en

Por lo demás, pretendemos aportar con una contribución a la historiografía referida al Partido Comunista en el período, que si bien ha analizado con gran profundidad los procesos de recepción del antifascismo (Barnard, 1977; Furci, 2008; Riquelme, 2009; Yopo, 2010 y Ulianova, 2010), aún tiene abierto un gran campo de estudio referido a los usos latinoamericanos del antifascismo, y el rol que este cumplió en la recepción de las experiencias nacional-populares latinoamericanas.

Con dicho fin, analizaremos el modo en que los comunistas interpretaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario, a las políticas del gobierno de Villarroel y la actuación que éste estaría cumpliendo en el contexto internacional. También identificaremos las exigencias que realizaron a la política exterior del Gobierno chileno con respecto a su par boliviano, y analizaremos cómo dichas interpretaciones permearon las polémicas sindicales y partidistas en que se vio

una logia o sociedad secreta llamada RADEPA (Razón de Patria). El nuevo régimen fue presidido por una Junta de Gobierno, a cuya cabeza quedó el mayor Gualberto Villarroel, quien alcanzó el rango de Presidente constitucional en agosto de 1944. Villarroel se manifestó partidario de un reformismo moderado, llegando a ser conocido por su frase “no soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres”. Durante su gobierno, se vivió un proceso de expansión del sindicalismo, especialmente entre los trabajadores mineros, el que estuvo vinculado al Estado. En este sentido, el gobierno colaboró en la formación de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). El gobierno también movilizó a campesinos e indígenas. En esta lógica, organizó un “Congreso Indígena” en La Paz en mayo de 1945, y decretó la abolición de antiguas formas de trabajo servil, como el pongueaje. El gobierno de Villarroel también se caracterizó por el ejercicio de la represión sobre la oposición, la que incluyó exilio, encarcelamiento y ejecuciones, tanto contra dirigentes políticos conservadores como de izquierda, y que recayó con especial fuerza sobre los miembros del Partido de Izquierda Revolucionaria. El gobierno fue derrocado por un levantamiento que tuvo lugar en julio de 1946, durante el cual Villarroel fue linchado y su cadáver expuesto en público. Por su parte, el MNR fue un partido político boliviano formado en enero de 1941, aunque posteriormente fijó su fecha de fundación formal el 2 de junio de 1942. La organización enarboló una plataforma reformista y nacionalista, defendiendo un discurso antiimperialista y antioligárquico, al mismo tiempo que, en sus primeros años, dejó entrever cercanía con el fascismo y simpatías por el Eje. Entre sus dirigentes fundadores, se encontraban Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Zuazo, Walter Guevara Arce, Carlos Montenegro y Augusto Céspedes, entre otros. Se trataba de profesionales educados, muchos de ellos provenientes de sectores medios y parte de la “Generación del Chaco”. Varios de ellos habían participado colaborando en la experiencia del socialismo militar, que había llegado al poder en la segunda mitad de la década de 1930, al mismo tiempo que se habían congregado en la redacción del periódico nacionalista *La Calle*. Durante el gobierno de Peñaranda, antecesor al de Villarroel, el MNR generó importantes acercamientos al movimiento obrero, especialmente por la labor de denuncia que sus personeros realizaron tras la masacre de Cataví. Con el advenimiento de la dictadura de Villarroel, el MNR se transformó en el principal soporte político del gobierno, ocupando tres puestos en el gabinete. En marzo de 1944, producto de la presión internacional, los ministros del MNR salieron del gobierno. Sin embargo, el partido alcanzó una amplia mayoría en las elecciones parlamentarias realizadas en julio, y fue reintegrado al gabinete en diciembre del mismo año (Dunkerley, 1984: 31-34; Klein, 2011:197-208).

involucrado el Partido Comunista en el período. Finalmente, abordaremos las reacciones comunistas ante la caída del gobierno de Villarroel.

Consideramos que estudiar la postura del comunismo chileno frente al Movimiento Nacionalista Revolucionario y la dictadura de Villarroel, es una vía de entrada para conocer un problema más amplio, como es el de la recepción de las experiencias nacional-populares latinoamericanas por parte de la izquierda chilena durante las décadas de 1940 y 1950. Dicho tema ha sido escasamente estudiado por la historiografía política referida a Chile, que al momento de analizar los vínculos entre la izquierda chilena y otras experiencias políticas latinoamericanas ha tendido a privilegiar el estudio de la recepción de las experiencias insurreccionales posteriores a 1959.

Con el fin de lograr dichos objetivos, hemos utilizado un repertorio de fuentes que nos permita abordar las posturas oficiales del Partido Comunista, como son el diario *El Siglo*, la revista teórico-doctrinaria *Principios* y los discursos de los parlamentarios comunistas, recopilados en los diarios de sesiones de ambas cámaras del Congreso. Dichas informaciones fueron complementadas con otras fuentes, provenientes de prensa informativa que daba una importante cobertura a los problemas latinoamericanos, como era el caso de la revista *Ercilla*, y con los aportes de textos de memorialistas y bibliografía secundaria.

Sostenemos que la recepción de la experiencia boliviana por parte del Partido Comunista de Chile estuvo marcada por el antifascismo. En efecto, la línea estratégica de Unión Nacional Antifascista, que el Partido Comunista de Chile había adoptado en el año 1942, se había propuesto como objetivo inmediato la unidad de todas las clases sociales y sus expresiones partidistas en pos de la lucha antifascista y la cooperación con el bando aliado. A la vez, como objetivo de largo plazo, proponía la realización de la “revolución democrático burguesa” (Gómez, 2010: 90-92 y Venegas, 2010: 85-111). En dicho contexto, la lectura comunista-latinoamericana del antifascismo implicó la opción de una defensa táctica del panamericanismo (Bisso, 2000: 91-116), al mismo tiempo que rescató elementos políticos de raigambre liberal y universalista presentes en la izquierda³. Para entender esta situación, debemos considerar que el antifascismo, en cuanto corriente político-cultural, contribuyó a generar un marco referencial que influyó en el modo en que sus adherentes entendían y representaban los fenómenos políticos de su tiempo. Así, las categorías de análisis que estos utilizaron para interpretar

3 Si bien la política de Unión Nacional sufrió revisiones entre fines del año 1945 y el año 1946 (Contreras Labarca, 1946; Corvalán, 1971: 160-169; Teitelboim, 1999: 179-180 y Rojas, 2000: 29), las que llevarían a la adopción de la política de “Lucha de Masas”, dichos cambios no alcanzaron a alterar la percepción sobre el gobierno boliviano

la realidad latinoamericana, fueron adoptadas desde una representación general de la coyuntura política internacional, la que era entendida como una pugna entre fascismo y antifascismo. En este sentido, los movimientos y regímenes de carácter nacional-popular que emergieron en Latinoamérica durante el período, los que lograron generar importantes niveles de movilización popular antioligárquica, pero que al mismo tiempo enarbolaron un discurso nacionalista y antiliberal (Mackinnon y Petrone, 1999), fueron corrientemente interpretados como expresiones latinoamericanas del fascismo. Esta situación, que se hizo notoria en la manera en que los partidos comunistas latinoamericanos evaluaron al incipiente peronismo (Amaral, 2008), también se hizo notar en el caso boliviano.

En la génesis de esta interpretación, hubo componentes voluntaristas y estratégicos. En efecto, tras el afán de representar como declaradamente fascistas a movimientos nacional-populares, subyacía el afán de los partidos comunistas de aislar internacionalmente a regímenes y agrupaciones políticas que no abordaran la lucha contra el Eje como primera prioridad de los estados y de las organizaciones del movimiento obrero en el concierto latinoamericano. Esta interpretación se veía facilitada por la presencia efectiva de elementos filofascistas en la génesis de dichos regímenes y movimientos, al menos en su fase inicial.

Sin embargo, y en discordancia con los planteamientos derivados de la obra de Furet (1995), consideramos que el antifascismo no puede ser analizado simplemente como una herramienta política destinada a obtener fines estratégicos. En efecto, el antifascismo, en cuanto corriente enarbolada por el comunismo, pero al mismo tiempo más amplia que este (Groppo, 2004), permitió que elementos de la tradición democrático-liberal, muchos de los cuales habían sido criticados en períodos inmediatamente anteriores, fueran revalorados al interior del comunismo y considerados como fines en sí mismos (Pasolini, 2004: 82). De un modo similar, los afanes cosmopolitas y universalistas del marxismo fueron resaltados en cuanto opuestos a los nacionalismos fascistas.

No es de extrañar que el nacionalismo antiliberal y esencialista, junto con la retórica antiimperialista enarbolada por el gobierno de Villarroel, y especialmente por el MNR al interior de este, generaron un fuerte rechazo entre los comunistas chilenos, quienes emprendieron una campaña para aislar internacionalmente a dicho régimen.

Esta postura también dejó en evidencia los vínculos del Partido Comunista con el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) boliviano⁴. Las posturas

4 El PIR fue un partido marxista-leninista, fundado en 1940 por José Antonio Arze. Si bien no había estado oficialmente adherido a la Internacional Comunista -organización disuelta recién en mayo de 1943-, era conocido por sus posturas pro soviéticas y por su adhesión a los lineamientos del

sobre el problema boliviano planteadas por el Partido Comunista de Chile en este período estuvieron en absoluta consonancia con las del PIR. Los dirigentes comunistas se encargaron de resaltar la labor de dicho partido en sus discursos, y la prensa comunista informó sobre sus actividades y reprodujo sus declaraciones⁵.

II. LA DICTADURA DE VILLARROEL Y LA “BARBARIE” FASCISTA.

A lo largo del gobierno de Gualberto Villarroel, el Partido Comunista se encargó de denunciar su carácter fascista. Junto con utilizar dicho apelativo para caracterizar al MNR, organización política que participaba de aquel gobierno, el discurso comunista apuntó a señalar el carácter “nazifascista” y cercano al GOU de las “logias” militares que tomaron parte en el golpe de Estado que llevó a Villarroel al gobierno. Así, la redacción de *El Siglo* calificó a la Logia Ingavi como “filial del GOU” y “nazi”, y a la Logia Santa Cruz como una entidad compuesta por “militares de filiación nazi” (*El Siglo*, 06/06/1945: 5).

Los comunistas chilenos, en consonancia con el PIR boliviano, enarbolaron un discurso que analizaba la historia boliviana como una eterna conflagración entre las fuerzas de la civilización y la barbarie, y que sindicaba al gobierno de Villarroel como una vuelta a esta última, de la mano del fascismo.

La idea de la “barbarie fascista”, propia de la visión dicotómica del paradigma antifascista (Traverso, 2003: 54), fue recalcada en las representaciones sobre el gobierno boliviano expresadas por la prensa y los dirigentes comunistas chilenos. Junto con señalar las semejanzas que existirían entre las prácticas represivas del gobierno boliviano y las de la Alemania nazi, se insistió en describir sus expresiones concretas con crudeza, haciendo mención de manera detallada a los “flagelamientos” y las “torturas” (*El Siglo*, 19/06/1945: 5). Las alusiones a la “barbarie” y al “primitivismo” en que habría incurrido el gobierno boliviano se

movimiento comunista internacional, promoviendo, en esa época, políticas de alianzas amplias antifascistas similares a las que apoyaba el Partido Comunista Chileno (Volk, 1975: 180-198 y Dunkerley, 1984: 16, 31-32).

5 Los vínculos entre el Partido Comunista de Chile y el PIR se vieron reforzados por la llegada y circulación en Chile de exiliados bolivianos, entre los que se encontraban altas autoridades del país de dirigentes del PIR como Walter Alvarado, y diputados de dicho partido como Gualberto Pedrazas, Ricardo Anaya, Alfredo Mendizabal, Abelardo Villapando y Hugo Bohorquez (*El Siglo*, 26/05/1945: 4). Avanzada la dictadura de Villarroel, los exiliados bolivianos vinculados al PIR se organizaron en un “comité antifascista de exiliados residentes en Chile” (*El Siglo*, 04/05/1946: 5), organización abierta a exiliados de otras tiendas políticas de carácter “antifascista”, aunque cerrada a aquellas organizaciones que eran consideradas sospechosas de defender doctrinas fascistas, como la Falange Socialista Boliviana (*El Siglo*, 13/07/1945: 5).

volvieron recurrentes, y se insistió en que sería propia de los “instintos cavernarios”, de un “gobierno de las bayonetas” (*El Siglo*, 28/05/1945: 5).

Siguiendo esta lógica, la prensa y la dirigencia comunista mostraron al gobierno boliviano como un régimen con marcadas características anti-intelectuales, lo que se habría reflejado en aspectos como la “persecución estudiantil y de catedráticos” (*El Siglo*, 28/05/1945: 5). Dichos casos fueron recurrentemente destacados en la prensa comunista.

En esta tónica, se resaltó un discurso que interpretaba a la dictadura de Villarroel como un retorno a la era de los caudillos del siglo XIX y como una suerte de reacción de carácter colonial. Villarroel incluso llegó a ser comparado con la figura del “caudillo” Melgarejo, cuya imagen, entre la intelectualidad, había sido utilizada como el ejemplo más marcado de los elementos negativos atribuidos al “caudillismo militar decimonónico” (Pareja, 2014: 27). Así, la redacción de *El Siglo* sostuvo que “Nuestra alarma es mayor por el hecho de que este deleznable ejemplo de los golpes de Estado está cundiendo en el continente, se está dando otra vez pasto al caudillismo criollo, como en la más negra etapa del coloniaje” (*El Siglo*, 23/12/1943: 3).

Dicha visión fue refrendada por los propios juicios de los dirigentes del PIR, a quienes se dio tribuna en las páginas de la prensa comunista chilena: “Jamás, ni en las peores etapas de nuestra historia, el país ha sufrido tanto retraso, tanta humillación, tanta barbarie. Si miramos las cosas de acuerdo a la evolución de la época, ciertamente que Daza y Melgarejo quedarían pequeños frente a la tiranía actual” (*El Siglo*, 6/8/1945: 7).

Sin embargo, cabe preguntarse cómo dicha interpretación de los comunistas sobre el gobierno de Villarroel se tensionó ante la observación del discurso del régimen, de tintes antioligárquicos y antiimperialistas, y de sus políticas de reforma social, proclives al campesinado indígena y al movimiento obrero (Dunkerley, 1984: 33). En este sentido, es necesario señalar que los comunistas chilenos calificaron a los aspectos antiimperialistas y antioligárquicos del discurso de Villarroel como elementos demagógicos, dirigidos a crear una falsa sensación de movilización y reforma. Como planteó la redacción de *El Siglo*: “El “nacionalismo”, el “antimperialismo”, el “antinflacionismo” y otros “ismos” de la camarilla de Paz Estenssoro no son más que caras que adopta el fascismo moribundo en Europa para sobrevivir en América y sentar aquí sus bases, para esclavizar a los pueblos de este continente” (*El Siglo*, 03/01/1945: 5).

En esta misma lógica, el diputado comunista Salvador Ocampo llamó a estar alerta respecto al carácter demagógico que podían tener los intentos de acercarse al movimiento obrero que estaba realizando el gobierno boliviano: “Por declaraciones los golpistas bolivianos no desmerecen a cualquier hábil dema-

gogo. Pero lo único importante en este terreno son los hechos y no las palabras; la realidad concreta y no los buenos deseos o los bellos discursos y las grandes promesas” (*Principios*, 1944: 36).

En un sentido similar, las políticas proindígenas y los intentos de movilizar a indígenas y campesinos fueron caracterizados como mecanismos de cooptación, destinados a dar conducción a dichos sectores desde el Estado, el que se habría encargado de reprimir cualquier atisbo de autonomía. Estos tópicos se hicieron recurrentes en el momento en que los comunistas abordaron la relación del “Congreso Indígena” promovido por el gobierno de Villarroel⁶. Así, los editorialistas de *El Siglo* sostuvieron que:

El gobierno de Villarroel, actuando con la demagogia habitual al nazifascismo, se apresuró a propiciar un congreso indígena (...) pero el congreso no dio a los campesinos ni la más remota esperanza de que sus demandas serían satisfechas, pues el gobierno, lejos de constituirse en el propulsor de las reivindicaciones campesinas, como había pretendido hacer creer en reiteradas ocasiones, actuó como obstáculo para las mismas e impidió que los delegados indígenas tuvieran el más leve contacto con la prensa y dirigentes políticos (*El Siglo*, 21/09/1945: 6).

Del mismo modo, indicaron que los intentos de movilización indígena serían un esfuerzo por cooptar a los sectores con menor preparación intelectual y mayor posibilidad de ser manipulables. De esta manera, ante las elecciones de mayo de 1946, *El Siglo* publicó las denuncias de José Antonio Arze, las que sostenían que: “Los dirigentes del Movimiento Nacionalista Revolucionario, al verse huérfanos de apoyo de la ciudadanía letrada, se dieron últimamente a la tarea de inscribir en las ciudades millares de indios prácticamente analfabetos (Pues a lo sumo saben dibujar su nombre y apellido)” (*El Siglo*, 04/05/1946: 5).

Así, quedaba en evidencia una visión compartida entre el PIR boliviano y los comunistas chilenos, que miraba con desconfianza la movilización de sectores campesinos analfabetos, por considerarlos potenciales sujetos de movilización demagógica y clientelística. Dicha visión intelectual civilizadora (Irurozqui, 1998: 189-192) y desconfiada de las “masas” (Laclau, 2005: 15-35), que había sido reivindicada con anterioridad por las élites liberales, volvía a ser asumida como

6 La tensión entre autonomía y paternalismo presente en dicho congreso ha sido tratado por diversos autores. Para un caso reciente, véase Shesko (2010: 5-10)

correlato cultural del antifascismo⁷, aunque ahora asociada a una cultura obrera ilustrada⁸.

III. EL MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO COMO EXPRESIÓN BOLIVIANA DEL FASCISMO.

En la interpretación comunista, el MNR fue caracterizado como un movimiento de carácter fascista⁹. En este sentido, en el discurso de la dirigencia y la prensa comunista, el MNR fue llamado indistintamente como “nazi”, “fascista”, “nazi-fascista” o “pro-nazi”. Esto se hizo con tono de denuncia, apelando tanto a las características fascistas imputadas al movimiento, como a las vinculaciones que le atribuían con las potencias del Eje (*El Siglo*, 03/01/1945: 5).

Esta interpretación fue justificada haciendo referencia a los contenidos ideológicos y programáticos de dicho movimiento. Como sostuvo el entonces diputado comunista Salvador Ocampo: “El Movimiento Revolucionario Nacionalista (MNR), fundado en 1941, tiene un programa, si así se puede llamar, con un contenido antidemocrático, a través del cual se advierte una marcada influencia nazista” (*Principios*, 1944: 36).

El rescate de elementos indígenas y mestizos –interpretado por los comunistas como racismo-, y las críticas a la influencia ideológica y cultural europea, presentes en el nacionalismo del MNR (Gildner, 2012: 110-112), fueron destacadas y señaladas como características propias del fascismo¹⁰. Los órganos de prensa comunista se embarcaron en una campaña de denuncia al respecto, publicando extractos de documentos oficiales del MNR y escritos de sus dirigentes que evidenciarían la cercanía del tipo de nacionalismo que enarbolaba el MNR con el nacionalismo propio de los fascismos. Dichas invectivas se vieron reforza-

7 Según Marta Irurozqui entre fines del siglo XIX e inicios del XX, la élite boliviana interpretó que “tenía una difícil vida republicana debido a que su población era deficiente porque dominaba el elemento indígena que degradaba al componente blanco hasta el punto de invalidarlo para la democracia” (Irurozqui, 1998: 189).

8 Sobre la identidad de los comunistas chilenos en el período, y la importancia que daban a la formación intelectual y la idoneidad moral, véase Álvarez (2011: 48-52), Pinto y Valdivia (2001: 155) y González (2011: 63-65).

9 Sobre dicha percepción en la política boliviana, véase Romero Ballivian (2003: 122). Para una historia del MNR véase Arze Cuadros (2002).

10 Edward Cruz Rodríguez, ha sostenido que “ideólogos” del MNR “acudieron a los postulados de ciertos ensayistas bolivianos de principios de siglo que rescataron el componente indígena de la nación, rompiendo con la dicotomía civilización/barbarie del período liberal” (Cruz Rodríguez, 2012: 86)

das por imputaciones del antisemitismo¹¹. Así, el MNR fue acusado de adoptar “una posición de nacionalismo fascista con un lenguaje nazi característico” (*El Siglo*, 16/01/1944: 3), la que se habría evidenciado en la propia obra de sus dirigentes. En esta tónica, la redacción de *El Siglo* sostuvo que:

El verdadero pensamiento de Paz Estenssoro y consortes está contenido en el folleto que antes aludimos¹². Tomamos el siguiente párrafo de la página 34:

‘Nuestros obreros pretenden razonar como obreros de los países imperialistas, zafándose de la realidad en perjuicio de ellos mismos y de la colectividad. Nuestros obreros han aprendido a entonar ‘La Internacional’, pero cuanto dista para que los internacionalistas judíos se identifiquen con las necesidades y sentimientos del indio y del mestizo, solidarizándose con estos antes que con los demócratas judíos, que ahora aprovechan nuestros minerales a costa de la miseria y sufrimientos de los trabajadores bolivianos’.

He aquí retratada la verdadera mentalidad de estos ‘nacionalistas’ (*El Siglo*, 16/01/1944: 3).

Dicha interpretación también se fundamentó en la caracterización social que los comunistas hicieron de aquel movimiento, representándolo como una organización de extracción predominantemente “pequeño-burguesa”. Salvador Ocampo sostuvo que el MNR estaría compuesto principalmente por miembros del “pequeño comercio” y de la “clase media”, pero carecería de “influencia seria en el movimiento obrero”. Según Ocampo:

La fraseología de estos elementos antidemocráticos, no pudo ser más demagógica: hablaban de la “plutocracia”, y se aprestaban a servirla; de la ‘falsa democracia’, y se aprestaban a liquidar toda forma de democracia; de ‘las reivindicaciones’ y contra la ‘desmembración’ territorial, y en el fondo se aprestaban para mantenerse en el Poder mediante el ‘entreguismo’; hablaban del ‘imperialismo norteamericano’ a secas, y no luchaban realmente contra el imperialismo, sino que lo usaban simplemente como plataforma engañosa. Y todo esto,

11 Sobre las imputaciones de antisemitismo al MNR véase Arze Cuadros (2002: 81). Sobre los antecedentes del antisemitismo en Bolivia véase Knudson (1968:138-159)

12 El folleto aludido se habría titulado “Movimiento Nacionalista Revolucionario” y se habría publicado poco tiempo antes del golpe de Estado de 1943. (*El Siglo*, 16/01/1944: 3).

dicho con tono agresivo, bravucón, típicamente fascista (*Principios*, 1944: 36).

Para Ocampo, estos intentos de movilizar a los trabajadores con una retórica antiimperialista y antioligárquica, carente de contenidos reales, respondería a una estrategia demagógica y habría sido “muy bien vista por la clase feudal, por la pequeña burguesía retrasada, por el clero explotador y la casta militar fascizante” (36)¹³. De este modo, la composición social y las características programáticas del MNR, a las que hacía alusión el ejercicio intelectual del diputado Ocampo, se volvían asimilables a la definición kominterniana de fascismo elaborada por Dimitrov, que había caracterizado al fascismo como la dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero¹⁴ (Dimitrov, 1984).

Los comunistas sostuvieron que el MNR estaba vinculado a diversos movimientos de carácter fascista, incluyendo al nazismo alemán, al franquismo en España y, especialmente, al GOU argentino, que según la interpretación comunista habría sido la principal expresión del fascismo en América Latina¹⁵. A menos de dos meses de haber sucedido el golpe de Estado de Villarroel, *El Siglo* se encargó de resaltar, con titulares en primera plana, que “Franco ayuda al Golpe Boliviano”, argumentando que “la legación española [en La Paz] sirvió de enlace con Alemania y los Nazis de Argentina”, siendo utilizada como de centro de “distribución de dinero” para “financiar al Movimiento Nacionalista Revolucionario” (*El Siglo*, 01/02/1944: 1).

En este sentido, uno de los tópicos sostenido en más ocasiones por la dirigencia comunista fue el de los vínculos de dependencia y subordinación directa del MNR con respecto al gobierno de la Revolución de Junio en Argentina. Así, el senador comunista Guillermo Guevara Vargas denunció en el Congreso a dicho movimiento como una “sucursal del GOU establecida en Bolivia”.¹⁶ En cuanto a la agenda política internacional del movimiento, los comunistas aclararon que

13 Sobre la retórica antiimperialista del MNR, y la preocupación que esta generó en el gobierno estadounidense véase Dorn (2011: 32-34)

14 Un ejercicio intelectual similar fue realizado por el dirigente comunista argentino Paulino González Alberdi, para explicar las características del gobierno de la Revolución de Junio en Argentina (González Alberdi, 1945: 15). De hecho, este dirigente comunista argentino realizó un comparación entre ambos regímenes, sosteniendo que “como los coroneles argentinos, los golpistas bolivianos ocultan en un primer momento sus intenciones prometiendo realizar aquello contra lo que luchan (Ocampo, 1946).

15 Sobre los vínculos del Gobierno de la Revolución de Junio y el GOU con Bolivia, véase (Zanatta, 2006: 2-6)

16 Senado de Chile. Boletín de Sesiones. 1943-1946. Sesión de 24 de enero de 1945.

esta sería abiertamente agresiva hacia Estados Unidos, representando un peligro para el panamericanismo, demostrando claras intenciones de dificultar el esfuerzo de guerra antifascista y pretendiendo “amagar” la “defensa del continente” (*El Siglo*, 03/01/1945: 5).

En un discurso con evidentes motivos nacionalistas¹⁷, e invocando un “patriotismo antifascista” (Hobsbawm, 1992: 155-159), los comunistas destacaron también que las aspiraciones programáticas de dicho movimiento representarían una seria amenaza para la soberanía territorial chilena, en cuanto habría promovido la recuperación de los territorios bolivianos perdidos en la Guerra del Pacífico. Al mismo tiempo, destacaron que el MNR se habría encargado de denunciar reiteradamente las tendencias imperialistas chilenas, en lo que fue calificado como una “foribunda campaña contra Chile” (*El Siglo*, 25/11/1944: 1).

IV. EL ANÁLISIS COMUNISTA SOBRE EL ROL DEL GOBIERNO DE VILLARROEL EN EL ORDEN INTERNACIONAL.

Las vinculaciones con el fascismo atribuidas al gobierno de Villarroel, y en especial al MNR, por parte de los comunistas, eran parte de un análisis más amplio, en el que el golpe de Estado de 1943 y la dictadura de Villarroel fueron mostrados como un aspecto más de un plan de la Alemania Nazi, en connivencia con el régimen franquista español y el gobierno de la Revolución de Junio en Argentina. En este sentido, el análisis desarrollado por los comunistas chilenos sobre la situación de Bolivia en el concierto internacional, se vinculaba y era similar al que realizaron sobre la Argentina regida por el GOU¹⁸.

Para entender la génesis de esta interpretación, es necesario tener en cuenta la importancia que el internacionalismo tenía en la cultura política comunista (Álvarez, 2011). Esto llevaba a que los comunistas chilenos asumieran como propias las luchas de organizaciones con los que mantenían una estrecha relación. En esta misma lógica, que el gobierno de Villarroel reprimiera al Partido de Izquierda Revolucionaria, y que partidos de cariz nacionalista como el MNR se insertaran entre el sindicalismo obrero y lo desplazara, era asumido por los comu-

17 Rolando Álvarez ha tratado la presencia de elementos de carácter nacionalista en el discurso comunista de la década de 1920. Según dicho autor “al parecer la continuidad histórica de algunas de las principales tesis nacionalistas enunciadas en los años veinte (básicamente el nacionalismo económico y el patriotismo de la izquierda marxista) podrían demostrar que la ortodoxia teórica comunista de la década de los treinta y siguientes se matizó con una persistente tendencia a mezclarlas con temáticas nacionales y otras derechamente nacionalistas” (Álvarez, 2003: 44-45).

18 Importantes sectores en el Campo Aliado, especialmente entre los funcionarios del servicio exterior estadounidense, sostuvieron posturas similares. Al respecto véase Blasier (1972: 26-54).

nistas chilenos como una derrota. Del mismo modo, la necesidad de alinear a los gobiernos latinoamericanos con la causa aliada, lo que incluía una clara adhesión al panamericanismo, llevaba a que los comunistas denunciaran a los partidos y gobiernos que rompieran con la tónica antifascista (Bisso, 2000). Según esta lógica, la presencia de elementos filofascistas en algún gobierno de la región debía ser denunciada de manera enérgica.

La dictadura boliviana fue mostrada como un régimen destinado a dificultar la unidad de los países americanos y que distraía sus recursos de la colaboración en la lucha contra el fascismo, obstruyendo así la concreción del panamericanismo. En una declaración oficial del Comité Central del Partido Comunista de Chile referida a la situación Argentina, la dictadura de Villarroel fue mostrada como un “foco de disgregación”, creado por “los agentes de Hitler” (*Principios*, 1944: 47). En la misma tónica, la redacción de *El Siglo* sostuvo que la discontinuidad gubernamental y el belicismo de los militares que advendría con la llegada al poder de Villarroel, generarían en Bolivia “una nueva etapa de Golpes de las camarillas de militares fascistas que producirán una caótica situación que dificultará las relaciones de Bolivia con los EE.UU. y con los restantes países americanos” (*El Siglo*, 23/06/1944: 5).

Junto con atribuir una labor disgregadora y “diversionista” a Bolivia, el Comité Central del Partido Comunista llamó la atención sobre el uso de dicho país como plataforma de espionaje contra los intereses aliados en América Latina, y de apoyo a la acción de sectores “quintacolumnistas”, agentes del Eje en los países latinoamericanos (s/a, 1944: 47). Según la visión comunista, dichos sectores habrían recibido la ayuda alemana a través del gobierno español y sus embajadas, que habrían actuado como intermediarios ante las dificultades de Alemania para operar directamente en América Latina (*El Siglo*, 01/02/1944: 1).

Ya hacia inicios del año 1945, cuando se preveía la derrota del Eje en Europa, Bolivia comenzó a ser mostrada como un destino de escape para jefes y colaboradores del nazismo en Europa. De hecho, la redacción de *El Siglo* sostuvo que Bolivia, en connivencia con Argentina, habría adquirido la función de “nueva base de operaciones de Hitler y el fascismo internacional para los criminales nazis que huyen de Europa” (*El Siglo*, 03/01/1945: 5).

En forma paralela a las denuncias de la Junta boliviana como instrumento de la Alemania Nazi, la dirigencia comunista se encargó de resaltar la dependencia de la dictadura boliviana respecto a la dictadura militar argentina, mostrando a la primera como el fruto de las aspiraciones hegemónicas de la segunda en el concierto sudamericano. Así, la redacción de *El Siglo* sostuvo abiertamente que la dictadura de Villarroel sería el “fruto de las maniobras de los agentes del Eje

que operan en América y de las intrigas y pretensiones expansionistas del GOU (*El Siglo*, 24/11/1944: 3).

Dichas pretensiones se explicarían por el afán de los “coroneles argentinos” de romper con el aislamiento en que habrían quedado, debido al alineamiento mayoritario de los países latinoamericanos con la causa aliada (*Principios*, 1944: 12)

Junto con salvar del aislamiento internacional a Argentina, Bolivia cumpliría con la función de abastecer a dicho país de materias primas destinadas a hacer crecer su industria armamentista, lo que aumentaría el peligro de una conflagración del primer país con vecinos como Chile y Brasil. Según este argumento, la redacción de *El Siglo* sostuvo que: “El gobierno boliviano sería un gobierno fascista incrustado con el auxilio de la fuerza en el corazón del continente y unido por un cordón umbilical demasiado grueso a la camarilla militar, abiertamente fascista, que gobierna Buenos Aires (por ese cordón umbilical circula mucho petróleo y mucha goma)” (*El Siglo*, 23/06/1944: 5).

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa, la dictadura boliviana fue mostrada como un elemento remanente del fascismo, minoritario aunque potencialmente peligroso. De esta manera, fue equiparado con el gobierno de la Revolución de Junio y el peronismo emergente de Argentina y con el franquismo de España. Esto se debería tanto a la situación en que se encontraría dicho gobierno en el concierto internacional, propia de regímenes fascistas que habían logrado sobrevivir a la victoria aliada, como por la mantención de altos niveles de represión y coerción de las libertades públicas (*El Siglo*, 01/07/1945: 8).

Siguiendo esta línea, desde la segunda mitad de 1945, las advertencias comunistas llamaron a poner atención y rechazar la formación de un “bloque totalitario” en América del Sur. Desde las editoriales de *El Siglo* se sostuvo que la alianza entre Perón, Villarroel y Morínigo, es decir, los gobernantes de Argentina, Bolivia y Paraguay, era un primer paso en ese sentido (*El Siglo*, 21/09/1945: 6). Dicha situación fue mostrada como un peligro para Chile tanto en los aspectos referentes a su integridad territorial como a su democracia. Así, *El Siglo* llamaba a “poner en guardia a los sectores demócratas de que estamos rodeados de totalitarios por el lado boliviano y por el argentino” (*El Siglo*, 17/07/1945: 5).

V. LAS EXIGENCIAS COMUNISTAS A LA POLÍTICA EXTERIOR CHILENA.

Las exigencias que el Partido Comunista planteó a la política exterior chilena, en relación al gobierno de Villarroel, transitaron desde una actitud inicial cauta que, durante un período corto, se abrió a la posibilidad de darle un recono-

cimiento condicionado al gobierno boliviano, hasta una clara condena y rechazo a esta alternativa.

Inmediatamente después del golpe de Estado que llevó al poder a Villarroel, y durante la mayor parte de enero de 1944, el Partido Comunista realizó llamados públicos a que la Cancillería chilena evitara reconocer inmediatamente al nuevo gobierno boliviano. La redacción de *El Siglo* advirtió que la Cancillería debía estar atenta, pues “los facciosos de La Paz han designado enviados confidenciales en todos los países de América” en “busca del reconocimiento por parte de los gobiernos americanos” (*El Siglo*, 17/01/1944: 3). La actitud promovida por el Partido Comunista era de cautela, sosteniendo que el régimen recién instaurado aún estaba definiendo sus características, y que dicho gobierno podría ser reconocido en caso que este cumpliera ciertas condiciones mínimas. Las condiciones propuestas en *El Siglo* para otorgar el reconocimiento apuntaban al restablecimiento de la normalidad democrática de Bolivia, a refrendar el compromiso de dicho país con la causa aliada, a la expulsión del Movimiento Nacionalista Revolucionario del gobierno, y a incluir en este al Partido de Izquierda Revolucionario y otras fuerzas consideradas como “antifascistas”. En esta misma lógica, plantearon que la imposición de estas condiciones debía realizarse de manera concertada por las diversas cancillerías latinoamericanas (*El Siglo*, 22/01/1944: 3).

Ya hacia fines de enero del año 1944, mientras al interior del Gobierno chileno se discutía la posibilidad de reconocer al gobierno boliviano y, probablemente, ante el convencimiento que la participación del MNR en el régimen de Villarroel iba a ser permanente, el eje de la campaña comunista sufrió un giro. Ahora, en lugar de hacer llamados a condicionar el reconocimiento a Bolivia, el Partido Comunista pugnó porque la Cancillería chilena y sus pares americanos lo negaran. Apelando al “panamericanismo”, señalaron en reiteradas ocasiones que “numerosos países del continente han adoptado esa resolución”, e hicieron llamados a que la situación del país coincidiera “con la resolución de la mayoría de los países americanos” (*El Siglo*, 25/01/1944: 1). En este sentido, la prensa comunista aplaudió la resolución tomada por la Cancillería el 25 de enero de 1944, que negaba el reconocimiento al nuevo gobierno boliviano (*El Siglo*, 26/01/1944: 1).

No es de extrañar que, en junio de 1944, cuando Estados Unidos y las cancillerías latinoamericanas reconocieron al gobierno de Bolivia, el Partido Comunista haya emprendido una campaña de críticas a dicha medida. Bajo el título de “reconocimiento del gobierno fascista de Bolivia” la redacción de *El Siglo* criticó los resultados de la misión a cargo del diplomático estadounidense Avra Warren, enviado a Bolivia por el Departamento de Estado de Estados Unidos, quién redactó un informe que sirvió para justificar la determinación de reconocer

al gobierno de Bolivia (Holtey, 1980: 25-27). La redacción de *El Siglo* sostuvo que, debido a las recomendaciones de dicho informe, el gobierno de Estados Unidos y los de toda América estaban reconociendo un gobierno fascista (*El Siglo*, 23/06/1944: 5).

Con posterioridad a dicho acontecimiento, las críticas hacia la actitud de la política chilena respecto a Bolivia disminuyeron en intensidad. Dicho cambio, probablemente, fue efecto de las transformaciones que parecía estar tomando el régimen de Villarroel en su política exterior, tales como los anuncios de establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética¹⁹ (*El Siglo*, 11/09/1944: 1), o la condena realizada por el Congreso boliviano al GOU (*El Siglo*, 21/09/1944: 1).

Sin embargo, tras el recrudecimiento de la represión ejercida por parte del gobierno boliviano contra los opositores, a raíz del fallido levantamiento del 19 de noviembre de 1944, los llamados a cortar relaciones con Villarroel y aislar internacionalmente su gobierno fueron prontamente retomados. Las críticas a la labor de Avra Warren y al reconocimiento dado en junio por la Cancillería chilena y los demás países americanos no se hicieron esperar. Así, la redacción de *El Siglo* sostuvo:

Ahí está el resultado de ese reconocimiento (...) Es el instante de enmendar el error. El instante en que Chile promueva una consulta internacional destinada al retiro de las representaciones diplomáticas de los países democráticos ante el Gobierno de La Paz. Mientras no impere un régimen democrático en el Altiplano, América no debe mantener representaciones allí (*El Siglo*, 25/11/1944: 1).

Las denuncias comunistas dieron gran importancia a algunos sucesos que afectaban la soberanía territorial de Chile, como la detención, en suelo chileno, de opositores que huían de la represión por parte de la policía. Así lo destacó la redacción de *El Siglo*:

Por eso mismo, frente a la situación de Bolivia, nuestro país no sólo debe alzar su voz de solidaridad con el pueblo hermano, condenar enérgicamente los crímenes cometidos contra destacadas personalidades democráticas de ese país, investigar rápidamente y asumir una enérgica actitud por la anunciada violación de las fronteras” (*El Siglo*, 24/11/1944: 3).

19 Dicha medida se concretaría recién el 18 de abril de 1945.

En esa tónica, *El Siglo* hizo llamados a que el gobierno chileno tuviera una “posición más firme frente al fascismo (GOU y Bolivia), a fin de coordinar una vasta acción panamericana” (*El Siglo*, 03/01/1945: 5), y dio su apoyo a la protesta formal que envió la Cancillería chilena a su par boliviana, por la violación de las fronteras (*El Siglo*, 25/11/1944: 1).

Con posterioridad a estos eventos, la postura del Partido Comunista fue invariable, promoviendo la condena del régimen boliviano. Hasta que se produjo la caída del gobierno de Villarroel, en julio de 1946, se recriminó a la Cancillería chilena por haberlo reconocido. Incluso, los intentos del gobierno boliviano por generar acercamientos con la Unión Soviética fueron considerados como maniobras destinadas a encubrir su contenido fascista ante un escenario internacional adverso. De hecho, los editorialistas de *El Siglo* sostuvieron que “el establecimiento de relaciones con la Unión Soviética que realizó bajo presión del pueblo, no le podrá servir de pasaporte para ocultar sus persecuciones a los demócratas” (*El Siglo*, 06/06/1945: 5).

En los primeros meses de 1945, los órganos de prensa y los dirigentes del Partido Comunista se centraron en criticar la participación del gobierno boliviano en las conferencias internacionales en que los aliados definieron el ordenamiento internacional de la postguerra, específicamente en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, realizada en Chapultepec, Ciudad de México, entre el 21 de febrero y el 8 de marzo de 1945, y la Conferencia de San Francisco, que tuvo lugar entre el 25 de abril y el 26 de junio del mismo año. En el discurso comunista, dicha participación fue mostrada como el fruto de la permisividad de “elementos conciliadores”, también llamados “munichistas”, al interior del campo aliado. En la interpretación comunista, dichos sectores corresponderían a elementos “reaccionarios”, que pretendían contemporizar con sectores fascistas, suavizando los términos de su derrota con el fin de quebrar la unidad de los aliados y aislar internacionalmente a la Unión Soviética.

Los comunistas también plantearon que la participación boliviana en las conferencias implicaría dar un apoyo indirecto a la dictadura del GOU en Argentina, además de legitimar la represión interna llevada adelante por Villarroel. Según la redacción de *El Siglo*:

Después de la funesta gestión de Avra Waren que dio lugar al gobierno pronazi de Bolivia y a su posterior admisión tanto en el concierto de las naciones unidas como en las conferencias de México y San Francisco, los gobernantes bolivianos se han creído con el suficiente derecho para seguir persiguiendo, torturando, confinando

y desterrando a los demócratas y hombres de izquierda (*El Siglo*, 09/06/1945: 5).

VI. POLÉMICAS PARTIDISTAS Y SINDICALES SOBRE EL PROBLEMA BOLIVIANO.

La postura del Partido Comunista de Chile ante la dictadura de Villarroel, y las exigencias que realizó al gobierno chileno referidas a su política hacia Bolivia, se expresaron tanto en la actuación de dicho partido al interior de organizaciones sociales, especialmente las del movimiento obrero, como en su relación con otros partidos y figuras políticas. Dichas instancias se transformaron en un campo de acción y disputa para volver hegemónica su política.

Para entender estas disputas, es necesario referirse a algunos aspectos del contexto político nacional durante la presidencia del radical Juan Antonio Ríos, entre los años 1942 y 1946. Durante este período, Chile se comprometió con la causa aliada. Sin embargo, lo hizo de una manera tardía en el marco latinoamericano, rompiendo relaciones con el Eje en 1943, y declarando la guerra a Japón recién en 1945 (Francis, 1977 y Nocera, 2006). En este contexto, la adhesión de Chile a la causa aliada, y en general la situación de América Latina ante el conflicto bélico, se volvió un tema de extrema urgencia para los comunistas chilenos.

Por otra parte, las pugnas partidistas al interior de la izquierda y la inestabilidad coalicional del período, ayudan a explicar la situación. El gobierno de Ríos sufrió una fuerte rotación ministerial y debió recurrir a diversas combinaciones para formar gabinetes. En este contexto, de los partidos se vieron obligados a acelerar la toma de definiciones hacia el año 1946, esto pues el país debió enfrentar improvisadas elecciones²⁰. En este escenario, el Partido Comunista buscaba generar acercamientos al Partido Radical, y especialmente a su ala izquierda, liderada por Gabriel González Videla, con miras a presentarse en coalición en las elecciones de 1946. Al mismo tiempo, el Partido Comunista se encontraba envuelto en una fuerte pugna por el control del movimiento sindical con el Partido Socialista, en cuya dirigencia tenían una importante influencia sectores anticomunistas, y que simultáneamente rechazaba una posible alianza con el Partido Radical. Las pugnas entre socialistas y comunistas llegaron a su punto más álgido el 28 de enero de 1946, cuando una concentración sindical en solidaridad con los trabajadores salitreros realizada en Plaza Bulnes, Santiago, fue reprimida por la fuerza pública, dejando un saldo de seis muertos. Tras la masacre, el Partido Comunista intentó continuar las movilizaciones, pero se topó

20 Enfermo de un cáncer terminal, el 17 de enero de aquel año Juan Antonio Ríos cedió el mando al vicepresidente Alfredo Duhalde, para morir el 27 de junio.

con el rechazo del Partido Socialista. Estos conflictos aceleraron el quiebre de la Central de Trabajadores de Chile, que se dividió en dos facciones, una vinculada al Partido Comunista, y otra al Socialista (Moulián, 2006: 57-97).

Así, no es de extrañar que el problema boliviano, y su relación con el conflicto mundial, en cuanto modo local de invocar una legitimidad antifascista, fuera esgrimido como un argumento contra los sectores anticomunistas del Partido Socialista y de la Central de Trabajadores de Chile, entre cuyas principales figuras se encontraban Juan Bautista Rossetti y Bernardo Ibáñez Aguila.

Como hemos visto, uno de los campos de acción a través del cual el Partido Comunista intentó promover la política de aislamiento y no reconocimiento de la dictadura boliviana fue el del movimiento obrero, específicamente a través de la actuación de los dirigentes comunistas presentes en la Central de Trabajadores de Chile (CTCh).

En este sentido, una de las actuaciones más relevante fue la de José Díaz Iturrieta, diputado comunista y Secretario General de la Federación Minera, quien viajó a Bolivia a inicios de abril de 1944. Díaz, quien ya con anterioridad tenía vínculos con el sindicalismo minero boliviano, viajó al país altiplánico a entregar fondos recaudados por la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), en solidaridad con los deudos de las víctimas de la Masacre de Cataví²¹. Si bien se entrevistó con el gobernante boliviano, la actuación de Díaz, durante su viaje, se orientó principalmente a apoyar a los sindicatos que se mantenían en oposición a Villarroel, denunciando las vinculaciones que el Movimiento Nacionalista Revolucionario estaba generando con las organizaciones obreras, las que en su opinión apuntaban a “desnaturalizar al movimiento sindical” (*El Siglo*, 01/04/1944: 5).

La actuación de Díaz debe entenderse en un contexto más amplio. Por una parte, reflejaba la preocupación que generaba en el Partido Comunista la aparición de un sindicalismo proclive a Villarroel y el MNR, que entrara en disputa con la lógica panamericanista antifascista que en ese entonces defendía el sindicalismo de la CTAL, dirigida por Lombardo Toledano (Melgar Bao, 1988: 334)²². Por otra parte, aunque relacionada con la situación anterior, era expresión de las pugnas al interior del movimiento sindical chileno, específicamente con la dirigencia de Bernardo Ibáñez Aguila, socialista, quien a la sazón era Secretario General de la Confederación de Trabajadores de Chile y uno de los vicepresidentes de la CTAL, y que también participó de dicho viaje de solidaridad con las víctimas de Cataví.

21 Sobre la masacre de Cataví y sus efectos mediáticos y políticos véase Knudson (1970: 254-276).
22 Para un Balance sobre la historiografía de la CTAL, véase Herrera (2012).

Las pugnas con Bernardo Ibáñez respecto al problema boliviano se habían generado en febrero de 1944, cuando, a título personal y en contraste con la línea predominante de la CTAL, Ibáñez había realizado gestiones ante la Congress of Industrial Organizations (CIO) y la American Federation of Labor (AFL), con las que mantenía estrechas relaciones (Angell, 1974: 109 y Ulianova, 2009: 160), destinadas a que dichas instituciones intermediaran con el gobierno estadounidense para lograr el reconocimiento del gobierno boliviano. La actuación de Ibáñez fue denunciada por la prensa comunista, la que sostuvo con pesar que “debido a la alta posición que ocupa era inevitable que su actitud influenciara a unos cuantos líderes obreros de los Estados Unidos” (*El Siglo*, 03/02/1944: 3). Ibáñez, socialista, si bien fue cauto, se mostró como simpatizante de las políticas laborales del gobierno de Villarroel y el MNR, dejando entrever los vínculos que mantenía con esa última organización. Así lo sostuvo en una entrevista a la revista *Ercilla*:

Respecto del gobierno mismo, solo puedo referirme a la presencia en el ministerio del trabajo de un hombre por quien puedo dar fe: Víctor Andrade cuyo pensamiento conozco (...) juzgando las cosas externamente, podría decir que hay que mirar con atención a un gobierno que pide que los partidos políticos se organicen. Que permite la libertad de reunión y de prensa y que invita a dirigentes extranjeros para que miren su realidad (*Ercilla*, 09/02/1944: 3).

De este modo, la pugna sobre la actitud del movimiento obrero chileno y latinoamericano frente al gobierno boliviano, se engarzaba con el conflicto comunista-socialista por la hegemonía al interior del movimiento sindical chileno (Angell, 1974: 113-115).

En el ámbito de la pugna político partidista, la prensa y los dirigentes comunistas polemizaron con los dirigentes de otros partidos de izquierda y centro que se habían mostrado proclives a reconocer y contemporizar con el gobierno boliviano.

Ya poco tiempo después del golpe de Estado boliviano, bajo el planteamiento de que existirían “dictaduras y dictaduras”, la redacción de *El Siglo* criticó a los sectores de la política interna chilena que, amparándose argumentalmente en el reconocimiento que Chile había dado a otros gobiernos dictatoriales latinoamericanos, querían reconocer al gobierno boliviano:

Hábil y febrilmente está trabajando la quinta columna en el interior de Chile para lograr que nuestro gobierno, rompiendo con la

solidaridad y la lealtad continental, reconozca así como lo hizo con Argentina, el gobierno de Villarroel y Paz Estenssoro en Bolivia. Los nazis han lanzado para este efecto un especioso argumento que ha penetrado aún en las esferas gubernativas y que ha conducido a más de un político antifascista erróneas posiciones frente a los diversos gobiernos americanos (...) planteamiento que falseando la realidad conduce directamente a la peligrosa conclusión de que si Chile mantiene relaciones con los gobiernos de Brasil, Ecuador, etc. etc., no existe obstáculo alguno para que se mantengan con el nido de provocadores y agentes nazis de Argentina, ni de que se reconozca sin condiciones la dictadura de Villarroel y Estenssoro en Bolivia (*El Siglo*, 06/01/1944: 3).

Estas críticas iban dirigidas, especialmente, a algunos dirigentes del Partido Socialista y del Partido Radical Socialista, que habían mostrado simpatías por Bolivia²³. Así, en la apertura del Pleno Nacional del Partido Comunista, realizada el 9 de enero de 1944 en el Teatro Caupolicán, Elías Lafferte leyó un discurso analizando la situación nacional e internacional. En dicha ocasión, realizó una encendida denuncia en contra de “como los agentes quintacolumnistas de Argentina y Bolivia, utilizan también, en (Chile) aventureros como Rossetti, Olavarría, Ibáñez y otros” (*Ercilla*, 12/01/1944: 5).

Las críticas a Bernardo Ibáñez se unían a las denuncias a Arturo Olavarría, ex ministro de Agricultura y del Interior bajo la Presidencia de Pedro Aguirre Cerda, y de Juan Bautista Rossetti, ex fundador del Partido Radical-Socialista y ex ministro de Relaciones Exteriores del primer gobierno radical, y la vicepresidencia de Jerónimo Méndez, quien, en esa época se estaba acercando al Partido Socialista, en cuyas filas terminaría por militar y lideraría, junto a Bernardo Ibáñez su facción anticomunista²⁴. La prensa comunista criticó el apoyo que este

23 Sobre las pugnas entre comunistas y socialistas en el período véase Faúndez (1992, 84-103)

24 El 5 de enero de 1944, tuvo lugar una reunión en el restaurant de la Quinta Normal, en la que participaron Fernando Campero, enviado del gobierno boliviano, junto con Juan Bautista Rossetti, Salvador Allende y Enrique Gallardo Nieto. Dicha reunión, convocada por Campero, tuvo como fin informar sobre la situación boliviana y buscar posibles apoyos para un reconocimiento de dicho gobierno (*Ercilla*, 12/01/1944: 5). Tras estos sucesos se generó una importante polémica entre el Partido Radical y el Partido Socialista, pues el diario *La Hora*, vinculado al Partido Radical, sindicó a los asistentes como las “puntas de lanzas del nazismo en Chile” (*La Hora*, 06/01/1944: 1). Dos días después, *La Hora* continuó su campaña, calificando a los asistentes como los Abetz, Laval y Quisling en Chile”, en referencia al embajador de Alemania en la Francia de Vichy y a los líderes colaboracionistas francés y noruego, respectivamente (*La Hora*, 08/01/1944: 1). Salvador Allende rebatió dichos juicios sosteniendo que “fui a la comida para informarme de la situación

último, a través del diario *La Opinión*, había dado al reconocimiento del gobierno boliviano, acusándolo de “munichista” y “quintacolumnista”. Las críticas a la actuación de Rossetti recrudecieron tras noviembre de 1944, cuando se acrecentó la represión de los opositores al régimen de Villarroel. Así lo planteó la redacción de *El Siglo* (*El Siglo*, 25/11/1944: 1).

VII. LA CAÍDA DE VILLARROEL.

La caída del gobierno de Villarroel se produjo al mismo tiempo que en Chile tenía lugar la Convención Presidencial en que el Partido Comunista, el Partido Radical y una facción del Partido Socialista Auténtico proclamaban a su candidato presidencial con miras a las elecciones de septiembre de 1946 (Moulián, 2006: 127). Ya al iniciarse la Convención, el ex senador radical doctor Leonardo Guzmán presentó “un voto de adhesión a la lucha del pueblo boliviano en contra de la Dictadura”, solidarizando con las movilizaciones sociales que en ese momento estaban teniendo lugar en Bolivia. Dicha moción fue “aprobada por aclamación”. Sin embargo, las manifestaciones de apoyo se volvieron enormes al conocerse la noticia de la caída de Villarroel. *El Siglo* describió dicha situación, mostrando cómo “una estruendosa ovación provocó más tarde la noticia del triunfo de la revolución popular boliviana” (*El Siglo*, 22/07/1946: 4).

Los homenajes que la prensa y los dirigentes comunistas realizaron a la oposición boliviana y a la caída de Villarroel reflejaron la interpretación que desde fines del año 1943 habían realizado sobre su gobierno y sobre el proceso político boliviano. En su discurso, mostraron la caída de Villarroel como un triunfo antifascista y a la revuelta que lo derrocó como un “vasto movimiento de Unidad Nacional”, resaltando la acción concertada de diversos sectores sociales, entre ellos trabajadores e intelectuales.

boliviana, como lo habría hecho cualquier periódico de izquierda”. Posteriormente, Allende y Rossetti se querellaron criminalmente en contra de Carlos Becerra, director de *La Hora*. Dicha polémica fue expresión de las pugnas que estaban teniendo lugar entre el Partido Radical y el Partido Socialista y las críticas que este último partido venía haciendo a las administraciones radicales (*Ercilla*, 12/01/1944: 5). Si bien el Partido Comunista había llevado en esos días una intensa campaña de crítica a Rossetti, no se inmiscuyó en esta pugna ni atacó a Salvador Allende. Esto probablemente se debía a la postura que Allende venía planteando con anterioridad, de no reconocer Salvador Allende a ningún tipo de gobierno dictatorial en América Latina. De hecho, ya en octubre de 1943 había planteado “estaremos con el gobierno, aún sin participar en él, si en su política internacional defiende el futuro de Chile. Y si este es capaz de decir que hay diferencias entre las “seudo-democracias” que subsisten al amparo de la buena vecindad (*Ercilla*, 20/10/1943: 3).

El diputado comunista Juan Vargas Puebla en un homenaje al aniversario patrio boliviano, realizado en la Cámara de Diputados el 6 de agosto de 1946, destacó la caída de Villarroel como un ejemplo a seguir en la lucha por la democracia:

La actitud de las masas trabajadoras de Bolivia, de sus maestros estudiantes, mujeres, intelectuales, la tropa de soldados que acompañó al pueblo en su lucha; la conducta de la prensa libre que los ayudó y estimuló, la acción de los hombres que desde más allá de las fronteras, en el destierro, contribuían a hacer renacer la fe en los ideales de libertad; constituyen todo un ejemplo para los pueblos de nuestro continente y del mundo entero; constituyen una hermosa y fuerte enseñanza en los días que estamos viviendo²⁵.

De un modo similar, desde la redacción de *El Siglo* se mostró la caída de Villarroel como una continuación de la derrota de los líderes del Eje en la Segunda Guerra Mundial, resaltando las similitudes de su muerte con la de Benito Mussolini:

El fin ignominioso de Villarroel y los suyos es otro de los aleccionadores ejemplos que brinda la victoriosa lucha de los pueblos contra sus enemigos. Es un trozo de la historia de la postguerra que muestra el desenlace inevitable de todas las dictaduras antipopulares y de tipo fascista, ya sin cabida en el mundo de hoy, ya libre de sus más virulentos focos en Europa y Asia y camino de sepultarlos a todos final y definitivamente. La suerte del dictador boliviano es la misma que le cupo a Mussolini y es la que tendrá Franco en su día y todo tiranuelo aspirante a tirano (*El Siglo*, 23/12/1946: 3).

VIII. CONCLUSIÓN.

El Partido Comunista interpretó el reformismo nacionalista del gobierno de Villarroel y del MNR como una expresión latinoamericana del fascismo. Dicha exégesis fue compartida entre los comunistas chilenos y el PIR boliviano, organizaciones que elaboraron un discurso único y coherente respecto a dicho tema.

25 Cámara de Diputados de Chile. Boletín de Sesiones. 6 de agosto de 1946.

El antifascismo trajo aparejado el rescate de elementos de carácter liberal, que se notaron en la interpretación de la coyuntura política boliviana y, en términos más amplios, en la enunciación de un relato sobre la historia de dicho país. Así, se enarboló la defensa del cosmopolitismo-universalista en contra del nacionalismo esencialista, el que fue considerado como una forma de racismo; de los valores de la intelectualidad contra el militarismo y la fuerza bruta; y de la libertad contra el autoritarismo. En cierto modo, la visión que analizaba la historia de América Latina como una eterna conflagración entre civilización y barbarie, fue retomada a raíz del antifascismo. En este contexto se hicieron analogías entre la figura de Villarroel y los caudillos del siglo XIX y se representó a su gobierno como una suerte de reacción colonial.

Los elementos antiimperialistas y antioligárquicos del discurso de Villarroel y del MNR fueron subestimados e interpretados como mera demagogia. En este sentido, la interpretación comunista repitió un patrón usual de muchos análisis sobre las movilizaciones nacional-populares, que tienden a verlas como un acto de “manipulación” de “masas disponibles”. Esto se hizo especialmente notorio en el modo en que fue analizada la movilización de los indígenas, cuya imagen fue contrapuesta a la del obrero consciente e ilustrado, atribuido a la militancia comunista.

En un momento en que el antifascismo de los comunistas latinoamericanos implicaba una clara adhesión al panamericanismo. La retórica antiimperialista de los nacionalistas bolivianos fue mostrada como una expresión de “quintacolumnismo”, destinado a dificultar el esfuerzo de guerra aliado. Así, la dictadura de Villarroel fue señalada como un instrumento de un plan global fascista, en el que estarían involucradas la Alemania nazi, la España de Franco y la Argentina de los coroneles. La dependencia boliviana respecto de este último régimen fue uno de los elementos más destacados por el discurso comunista. No es de extrañar que salvo un breve período inicial, el Partido Comunista haya pugnado para que la Cancillería chilena no reconociera al gobierno boliviano y más tarde para que rechazara su incorporación a la institucionalidad internacional de postguerra en las conferencias de México y San Francisco. En esta misma tónica, y recurriendo a argumentos con elementos propios de un “patriotismo antifascista”, el Partido Comunista mostró al MNR como un peligro para Chile y enarboló un discurso de defensa de la soberanía territorial chilena en contra de la dictadura de Villarroel.

Siguiendo estos lineamientos, los dirigentes comunistas polemizaron con personalidades de otros partidos de izquierda y centro que se habían mostrado proclives a contemperar con el gobierno boliviano. Así, las pugnas al interior de la izquierda, especialmente con los sectores más anticomunistas del Partido Socialista, se expresaron en el marco de los debates sobre el problema boliviano. En

el ámbito sindical, los comunistas trabaron duras disputas con los dirigentes proclives a reconocer y entrar en contacto con el sindicalismo oficialista boliviano. De este modo, pretendían mantener vigente la línea antifascista del movimiento obrero latinoamericano representado en la CTAL.

Así, la interpretación comunista del proceso político boliviano entre 1943 y 1946 refleja la complejidad de las recepciones de las experiencias nacional-populares latinoamericanas por parte de una izquierda comunista marcada por el signo del antifascismo.

IX. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

FUENTES

DISCUSIONES PARLAMENTARIAS

1. Cámara de Diputados. Chile. *Boletín de sesiones*. 1943-1946.
2. Senado. Chile. *Boletín de Sesiones*. 1943-1946.

REVISTAS

3. Ercilla. Santiago de Chile (octubre de 1943 – febrero de 1944). Impreso. Castillo, Alamiro. “El P.S. Saldrá a la Calle a recuperar el triunfo del 25 de octubre para el pueblo”. 20 de octubre de 1943. Castillo, Alamiro. “La semana política”. 12 de enero de 1944. Solano, Manuel. “Dice Bernardo Ibáñez, Viajero incansable. Palparé en su propia carne la realidad de Bolivia: los obreros de América se reunirán en Canadá y en Londres”. 9 de febrero de 1944.
4. Principios. Santiago de Chile. (Febrero de 1944 – Junio de 1945). Impreso. Ocampo, Salvador. “Ante la situación boliviana. Hechos y no Palabras”. N° 32. Febrero de 1944. González Alberdi, Paulino. “El gobierno de Ramírez, pulmón de la conspiración nazi en américa”. N°33. Marzo de 1944. González, Galo. “50 años de Victorio Codovilla”. N° 33. Marzo de 1944. “Sobre el reconocimiento del gobierno argentino por el gobierno chileno”. N°34. Abril de 1944. Lafferte, Elías. “El GOU peligro para América”. N° 35. Junio de 1944. Vargas Puebla, Juan. “La Conferencia de México bajo el signo de la derrota nazi”. N° 44. Febrero de 1945. González Alberdi, Paulino. “La post-guerra y el peligro fascista en América Latina”. N° 48. Junio de 1945.

PRENSA

5. La Hora. Santiago de Chile. (Enero de 1944). Impreso. “En comedor reservado se habría hecho plan para conseguir que se reconozca gobierno nazi boliviano”. 6 de enero de 1944. “Abetz, Laval y Quisling en Chile”.. 8 de enero de 1944.
6. El Siglo. Santiago de Chile. (Diciembre de 1943- Julio de 1946). Impreso. “La situación Política de Bolivia”. 23 de diciembre de 1943. “Dictaduras y dictaduras”. 6 de enero de 1944. “Paz Estenssoro y los suyos vistos a través de sus propias palabras”. 16 de enero de 1944. “Actitud clara frente a Bolivia”. 17 de enero de 1944. “Las declaraciones de Villarroel”. 22 de enero de 1944. “América no reconocerá a Junta Boliviana”. 25 de enero de 1944. “Chile no reconocerá a la Junta Militar de La Paz”.. Santiago. 26 de enero de 1944. “Franco ayuda al golpe boliviano”. 1 de febrero de 1944. “Los obreros de EEUU y el Golpe de Estado en Bolivia”. 3 de febrero de 1944. “La pandilla de Paz Estenssoro contra Bolivia y su pueblo”. 1 de abril de 1944. “Sobre el reconocimiento del Gobierno Fascista de Bolivia”. 23 de junio de 1944. “Bolivia decidió volver a establecer relaciones con la URSS”. 11 de septiembre de 1944. “El Parlamento Boliviano ha condenado al GOU”. *El Siglo*. Santiago. 21 de septiembre de 1944. “Ante los sucesos de Bolivia”. 24 de noviembre de 1944. “Cancillería chilena envía protesta al Gobierno de la Paz.” 25 de noviembre de 1944. “Sigue el terror nazi en Bolivia: nuevos fusilamientos en La Paz”.. 25 de noviembre de 1944. “Del golpe nazi a los crímenes de Bolivia”. 28 de noviembre de 1944. “Pese a la represión, el pueblo de Bolivia forja la Unidad Nacional y lucha contra la Dictadura”. 23 de diciembre de 1944. “El fascismo boliviano se presenta a cara descubierta”. 3 de enero de 1945. “Diputados bolivianos exiliados en Chile se dirigen a Congreso de La Paz para que les permita volver a su país y reasumir funciones parlamentarias”. 26 de mayo de 1945. “Persecución de los estudiantes de Bolivia”. 28 de mayo de 1945. “La lucha del pueblo boliviano”. 6 de junio de 1945. “Aumenta la represión nazi en Bolivia”. 9 de junio de 1945. “Recrudescen las torturas y persecuciones en Bolivia”. 19 de junio de 1945. “Amordazada por el terror se burla de la ley el gobierno de Bolivia”. 1 de julio de 1945. “Pruebas del carácter nazi de la ‘Falange Socialista Boliviana’”. 13 de julio de 1945. “Una calumnia más de los fascistas bolivianos”. 17 de julio de 1945. “En este nuevo aniversario de su independencia. Bolivia se halla oprimida por una gavilla de aventureros fascistas”. 6 de agosto de 1945. “Intentan formar bloque totalitario en América”. 21 de septiembre de 1945. “Arze, jefe del PIR, opina sobre las “Elecciones” de mañana en Bolivia”. 4 de

mayo de 1946. “Revolución popular triunfante en Bolivia: muerto Gualberto Villarroel”. 22 de julio de 1946.

BIBLIOGRAFÍA

7. Almeyda, Clodomiro. *Reencuentro con mi vida*. Santiago: Las ediciones del Ornitorrinco, 1987. Impreso.
8. Amaral, Samuel. *La renuencia de las masas: El Partido Comunista ante el peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Universidad del CEMA, 2008. Impreso.
9. Álvarez, Rolando. “¡Viva la revolución y la patria! Partido Comunista de Chile y Nacionalismo (1921-1926)”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* N°7, Vol.2. Santiago: 2003. 25-44. Impreso.
10. Álvarez, Rolando. *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre Democracia y Dictadura. 1965-1990*. Santiago: Lom, 2011. Impreso.
11. Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. Desde los orígenes hasta el triunfo de la Unidad Popular*. México: Era, 1974. Impreso.
12. Arrate, Jorge, y Rojas, Eduardo. *Memoria de la izquierda chilena*. Tomo I. 1850-1970. Santiago. Ediciones B. 2003. Impreso.
13. Arze Cuadros, Eduardo. *Bolivia, el programa del MNR y la Revolución Nacional. Del movimiento de Reforma Universitaria al ocaso del modelo neoliberal (1928-2002)*. La Paz: Plural, 2002. Impreso.
14. Barnard, Andrew. *The Chilean Communist Party 1922-1947*. Thesis Presented for the Degree of Doctor of Philosophy. London: University of London, 1977. Impreso.
15. Bisso, Andrés. “El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo”. *Asian Journal of Latin American Studies* N°3. Seúl: 2000. 91-116. Impreso.
16. Blasier, Cole. “The United States, Germany, and the Bolivian Revolutionaries”. *The Hispanic American Historical Review* Vol. 52 N°1. Feb 1972. 26-54. Impreso.
17. Contreras Labarca, Carlos: *La lucha del Pueblo por la reorganización de Chile. Informe presentado ante el XIII Congreso Nacional del Partido Comunista en su Sesión Inaugural, Celebrada en el Teatro Caupolicán el 8 de diciembre de 1945, y texto de las resoluciones aprobadas*. Santiago: Ediciones Nueva América, 1946. Impreso.
18. Corvalán, Luis. *Ricardo Fonseca. Combatiente ejemplar*. Santiago: Austral, 1970. Impreso.

19. Cruz Rodríguez, Edwin. “Populismo, desarrollismo y problema indígena en Bolivia y Ecuador”. *Asian Journal of Latin American Studies* Vol. 25. N°4. Seúl: 2012. 79-102. Impreso.
20. Dimitrov, Georgi. “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”. VV.AA. *Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista*. México: Siglo XXI, 1984. 153-220. Impreso.
21. Dorn, Glenn J. *The Truman Administration and Bolivia. Making the World Safe for Liberal Constitutional Oligarchy*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2011. Impreso.
22. Drake, Paul. *Socialismo y populismo en Chile. 1936-1973*. Valparaíso: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 1992. Impreso.
23. Dunkerley, James. *Rebellion in the Veins. Political Struggle in Bolivia. 1952-1982*. London: Verso Editions, 1984. Impreso.
24. Faúndez, Julio. *Izquierdas y democracia en Chile*. Santiago: Bat, 1992. Impreso.
25. Francis, Michael J. *The Limits of Hegemony. United States Relations with Argentina and Chile during World War II*. Notre Dame-London: The University of Notre Dame Press, 1977. Impreso.
26. Furci, Carmelo. *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2008. Impreso.
27. Furet, François. *Le passé d'une illusion: Essay sur l'idée communiste au XXe siècle*. París: Calmann-Levy-Robert Laffont, 1995. Impreso.
28. Gildner, R. Matthew. “La historia como liberación nacional. Creando un pasado útil para la Bolivia posrevolucionaria. *Revista Ciencia y Cultura* N°29, La Paz: Diciembre de 2012. 103-122. Impreso.
29. Gómez Chamorro, Soledad: “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista en Chile (1922-1952)”. *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (editores). Santiago: Catalonia-FLACSO-USACH, 2010. 75-120. Impreso.
30. González, Marco. “Comunismo chileno y cultura Frente Popular. Las representaciones de los comunistas chilenos a través de la revista Principios, 1935-1947”. *Izquierdas* N°11, Santiago, diciembre de 2011. 54-69. Impreso.
31. Groppo, Bruno. “El antifascismo en la cultura política comunista”. *Anuario IEHS* 19, Tandil, 2004. 27-44. Impreso.

32. Herrera, Patricio. “La Confederación de Trabajadores de América Latina en la historiografía obrera. 1938-1963”. *Cuadernos de historia* N°36. Santiago: junio de 2012. 85-117. Impreso.
33. Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1992. Impreso.
34. Holtey, Joseph C. *The MNR Party and the Villarroel Administration 1943-46*. A Dissertation Presented in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree Doctor of Philosophy. Phoenix: Arizona State University, May 1980. Impreso.
35. Irurozqui, Marta. “Sobre caudillos, demagogos y otros “males étnicos”. La narrativa anti-chola en la literatura boliviana, 1880-1940”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* N°35, Wien, Köln, Weimar, 1998. 189-218. Impreso.
36. Klein, Herbert. *A Concise History of Bolivia*. New York: Cambridge University Press, 2011. Impreso.
37. Knudson, Jerry W. “The Bolivian Immigration Bill of 1942: A Case Study in Latin American Anti-Semitism”. *American Jewish Archives* N° 20, Cincinnati, 1968. 138-159. Impreso.
38. Knudson, Jerry W. “The Impact of the Cataví Mine Massacre of 1942 in the Public Opinion”. *The Americas* Vol. 26 N°3, Washington: Jan 1970. 254-276. Impreso.
39. Laclau, Ernesto. *La Razón Populista*. Buenos Aires y México: Fondo de Cultura Económica, 2005. Impreso.
40. Lora, Guillermo. *Historia del movimiento obrero boliviano. 1933-1952*. La Paz: Los Amigos del Libro, 1980. Impreso.
41. Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto. *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998. Impreso.
42. Melgar Bao, Ricardo. *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna*. Madrid: Alianza Editorial, 1988. Impreso.
43. Moulián, Tomás. *Fracturas: De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*. Santiago: Lom, 2006. Impreso.
44. Nocera, Rafaelle. *Chile y la Guerra. 1933-1943*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM, 2006. Impreso.
45. Pasolini, Ricardo. “Intelectuales comunistas y antifascismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”. *Estudios Sociales* 26, Santa Fe, 2004. 81-116. Impreso.

46. Pareja, Roberto. *Entre Caudillos y Multitudes. Modernidad Estética y Esfera Pública en Bolivia y Perú*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana, 2014. Impreso.
47. Pinto, Julio y Valdivia, Verónica. *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: Lom, 2001. Impreso.
48. Riquelme Segovia, Alfredo: *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Santiago: Centro de investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM, 2009. Impreso.
49. Rojas Flores, Jorge: “Historia, historiadores y comunistas chilenos”. *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*. Manuel Loyola y Jorge Rojas (Editores). Santiago: Impresora Valus S.A., 2000. Impreso.
50. Romero Ballivian, Salvador. *Razón y sentimiento. La socialización política y las trayectorias electorales de la elite boliviana*. La Paz: FUNDEMOS-PIEB, 2003. Impreso.
51. Salazar, Gabriel. *Conversaciones con Carlos Altamirano*. Santiago: Debate, 2011. Impreso.
52. Shesko, Elizabeth. “Hijos del Inca y de la patria: Representaciones del indígena durante el Congreso Indigenal de 1945”. *Revista. Fuentes*. Vol.4, N°6, La Paz, 2010. 5-10. Impreso.
53. Teitelboim, Volodia: *Un hombre de edad media*. Santiago: Sudamericana, 1999.
54. Traverso, Enzo. “Los intelectuales y el antifascismo. Por una historización crítica”. *Acta Poética* N° 24, Vol.2. México: Otoño 2003. 51-72. Impreso.
55. Ulianova, Olga. “Inserción Internacional del socialismo chileno 1933-1973” en *Redes políticas y militancias. La Historia política está de vuelta*. Olga Ulianova, ed., Santiago: USACH-Ariadna, 2009. 142-178. Impreso.
56. Ulianova, Olga. “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”. *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (editores) .Santiago: Catalonia-FLACSO-USACH, 2010. 261-287. Impreso.
57. Venegas Valdebenito, Hernán. “El Partido Comunista de Chile y sus políticas aliancistas: del Frente Popular a la Unión Nacional Antifascista, 1935-1943”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* N° 14. Vol 1, Santiago: 2010. 85-111. Impreso.
58. Volk, Steven S. “Class, Union, Party: The Development of a Revolutionary Movement in Bolivia (1905-1952): Part II: From the Chaco War to 1952”. *Science & Society* Vol. 39, No. 2. Summer, 1975. 180-198. Impreso.

59. Weiss, Oscar. *Nacionalismo y socialismo en América Latina*. Santiago: Prensa Latinoamericana, 1954. Impreso.
60. Yopo, Boris. “Las relaciones internacionales del Partido Comunista”. *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (editores). Santiago: Catalonia-FLACSO-US-ACH, 2010. 247-260. Impreso.
61. Zanatta, Loris: *The rise and fall of the third position: Bolivia, Perón and the Cold War, 1943-1954*. *Desarrollo Económico*, Vol. 1. Buenos Aires: 2006. 1-27. Impreso.